

MÁS ALLÁ DE LA CRISIS: UNA ENCRUCIJADA HISTÓRICA

Alberto Fernández Caveda

Conforme avanza el deterioro de la situación económica y política de los países europeos, en especial de los del sur que han sido los últimos incorporados al mundo feliz de la revolución socialdemócrata, la única, hasta ahora, triunfante del siglo XX, empieza a aparecer el verdadero perfil del futuro. Que no es otro que la pérdida del modelo social europeo o de la sociedad de bienestar en que nos habíamos instalado. Así lo perciben las mentes más lúcidas: Edgar Morin, Guy Sorman, Timothy Gaston-Ash, Fernando Vallespín. La combinación del “juego libre de los mercados con un nivel elevado de gasto público, seguridad social, calidad de vida (vacaciones, permisos de enfermedad y maternidad, jubilación a una edad temprana) y, por desgracia, una deuda inmensa”, ha llegado abruptamente a su fin. El problema no se resuelve con más Europa, con un buen gobierno –gobernanza se dice ahora no sé bien por qué_ de ámbito europeo. El gobierno es el instrumento no el producto. La máquina que mueve la exploración necesita que exista materia prima suficiente para funcionar. Aquí lo que falta es el crudo, la materia prima. No hay fondo suficiente para distribuir los flujos de que estamos disponiendo. Hasta ahora nos los han dado de prestado, pero el crédito ha vencido y hay que devolverlo.

Las posibilidades ante esta situación tienen dos líneas de orientación. De un lado, aumentar el flujo de riqueza, es decir, hacernos más ricos. La creación y el incremento de bienes y servicios socialmente útiles –que es el fin de la empresa en un mercado abierto- requiere un sistema económico eficaz. En todo caso más eficaz que el de las economías competidoras para ser capaz de arrebatarnos una parte mayor del mercado. Más trabajo productivo y competitivo exige a su vez una mejora del capital humano, unas condiciones organizativas y sociales en que florezca la innovación y el desarrollo y, ¡ojo!, un marco institucional que asegure un sistema estable, de seguridad jurídica, un entorno de negocios favorable, un marco financiero suficiente. Es decir, pasar a ser un país rico de los que compiten en las grandes ligas. De otro lado, cabe ajustar la situación disminuyendo el denominador, es decir, gastar menos, pasar al nivel de riqueza acorde a las posibilidades actuales. En esta tesitura se acabaron los viajes, el chalet en la playa y la boda ostentosa de la niña y el niño. Aquí volvemos donde solíamos, al chato de vino, el paseo hasta la fuente, los pantalones de toda la vida y el pisito berlanguano.

Poner a trabajar competitivamente a este país aparece como una tarea ardua. ¿Quién le pone el cascabel al gato? Estudiar más y mejor y no en la Universidad del pueblo. Competir en una carrera profesional o en un oficio con alta profesionalidad exige dedicación y esfuerzo, adaptarse a los cambios organizativos y tecnológicos, pide movilidad y capacidad de arriesgarse y trabajar en condiciones de incertidumbre. La mentalidad instalada, los

estereotipos sociales, las actitudes sindicales, la exacerbación de los derechos, el paracaídas de la indemnización privada y de la prestación pública, han creado unos hábitos poco favorables al cambio. El grueso de los titulados recientes aspiran a un trabajo fijo de funcionario. Por otro lado, un vistazo al espíritu empresarial, por hablar en términos tradicionales, no presenta mejores perspectivas. Empresas pequeñas –el 75% del empleo-, con visión a corto, una organización empresarial centrada en la defensa de intereses concretos y particulares, con renuncia expresa o tácita a constituirse en líder de opinión, a ofrecer ideas básicas y útiles, unas prácticas empresariales que niegan en su comportamiento los criterios esenciales de la organización excelente (desarrollo del capital humano, premios al mérito y al esfuerzo, apertura de oportunidades). Debe observarse, que nuestras grandes empresas –de construcción y contratos públicos, de telecomunicación, de energía, financieras, comerciales- se desarrollan mejor fuera de España y, en consecuencia, tienden a crecer y a crear empleo en mercados transnacionales. A la pérdida de empresa en el interior, que la CEOE cifra en estos momentos de mayo 2010 en 270.000 unidades, hay que añadir el movimiento de externalización. Así pues, y ésta es una consideración del autor que somete a cualquier otra mejor fundada, el colectivo laboral actual y el potencialmente disponible, y el tejido y la capacidad empresarial, requieren modificaciones duras y de compleja y larga implantación. Los años que hemos dejado atrás sin enfrentar este problema –no solo los de la crisis en si misma- no se pueden ya recuperar. La pregunta es, ¿tenemos una sociedad y unas instituciones capaces de poner en pie tamaños cambios? El lector podrá por si mismo plantear sus respuestas. La visión del autor no es nada optimista.

Habrà que recurrir a una terapia de doble efecto: medidas activas, de incentivación, y medidas pasivas, de acomodación. En buena lógica, deberíamos empezar por las primeras y reservar las últimas para el caso de necesidad. Pero las medidas activas, ya se ha dicho, requieren un esfuerzo considerable. Lo primero de todo es trazar un horizonte concreto de lo que queremos que sea este país, planteamiento que va mucho más allá de elaborar de vez en cuando una política industrial o una reforma educativa cada nueva legislatura. Son políticas de Estado, como se dice de forma tan cansina, que afectan al conjunto de la sociedad, a la organización territorial del Estado y a las orientaciones de las ideologías históricas hoy barridas por el vendaval de la crisis. La actitud de no hacer nada, o de limitarse a las medidas obligadas por los acreedores, como hasta ahora, conduce directamente a la desintegración del sistema (E. Morin, dixit), como la de tantos Estados fallidos que hasta ahora considerábamos propios de continentes de otro mundo. En este sentido, se percibe ya por muchos observadores la deriva de Grecia. La pertenencia a la zona euro no puede garantizar el mantenimiento permanente.

Si las instituciones no están a la altura de las circunstancias, y estoy pensando en los grandes poderes del Estado y en las poco establecidas grandes organizaciones de la sociedad civil, podrían darse movimientos y hasta

revueltas sociales y grupales que llamasen a una nueva revolución, aunque a estas alturas de nuestro tiempo parezca imposible y fuera de contexto. Pero el conformismo social externo, el no salir a la calle con ánimo violento, no debe ser ningún consuelo, porque la revolución de las conciencias contiene también un germen de destrucción. Nunca las protestas deben venir de la inmovilidad del vacío de la acción. Siempre es preferible que provengan de medidas indeseadas pero orientadas en la buena dirección de avanzar hacia el futuro mejor posible.

Queda, por tanto, nada más que una transformación profunda, un verdadero cambio de modelo, no de simples cambios en su interior. E. Morin lo llama metamorfosis: “la idea de la metamorfosis, más rica que la de revolución, contiene la radicalidad transformadora de ésta, pero vinculada a la conservación (de la vida o de la herencia de las culturas)”. Para ello será necesario rehacer previamente el puesto de mando de la nave. El Gobierno ya no es solo nacional, sino también supranacional, europeo en nuestro caso. Pero uno no sustituye a otro sino que se superpone y se combina en dosis distintas. No cabe duda que en materia de economía las competencias van hacia Europa. Así lo ha acreditado dramática y dolorosamente la crisis. Tenemos que sustituir nuestra capacidad autónoma de obrar por nuestra capacidad de influencia, de poder blando. No es el momento de la introversión y de la nostalgia de un pasado pasado, sino de una apertura inteligente y activa. No tenemos porque ser grandes en términos materiales, sino en términos morales. Hay que cambiar el rumbo. Pero la tarea en el ámbito interno, en el terreno más propio, es de titanes. Empezando por saber hacia donde queremos ir, donde queremos estar. No volvamos a darle la razón a Ortega: “no sabemos lo que nos pasa y eso es lo que nos pasa”.

Tamaño empresa no puede acometerse con medios limitados de antemano. No es un problema partidario, ni para un grupo concreto, sean cuales sean sus legitimidades formales y su capacidad intelectual. Es un problema nacional, en el sentido de que deben contribuir todos. No basta una mayoría como para las decisiones ordinarias. El modelo que salta a la vista inmediatamente es el de la transición, que, por criticada que sea, sigue siendo un ejemplo insigne de intervención política y social perfectamente adaptada a unas circunstancias singulares. Creemos que ahora también estamos en una encrucijada en la que es necesario elegir el camino apropiado. Que son necesarias unas ideas básicas compartidas como cimiento común para la obra, pero que el impulso real requiere unas cuantas personas capaces y generosas, representativas de los poderes institucionales, políticos y sociales, principales del Estado y de la sociedad. Porque es una obra humana, los dioses no están para estas cosas.

